

PONENCIA

Graziella Pogolotti

Nuestras grandes ciudades latinoamericanas son, hoy día, en su perfil cada vez más tipificado, imagen concreta del modo en que se abrazan la dependencia económica, el consecuente menoscabo de la independencia política y la penetración cultural puesta al servicio de la destrucción de los legítimos valores nacionales. Cada conglomerado urbano está dominado por la presencia de una arquitectura contemporánea, a veces audaz en su diseño, pero portadora, como siempre, en su límpido conjunto, de un signo de arrogancia y poderío. Ahí está, como si quisiera dar a su presencia un valor de eternidad. Quedaron muy atrás los tiempos en que el trazado de nuestras villas coloniales estaba presidido por la autoridad política y por su brazo religioso. Ahora, el paisaje parece estar dominado por las filiales o por los asociados de las grandes empresas transnacionales.

Y, en casi todas partes, ese paisaje de hormigón, aluminio y cristal, tiene su contrapartida en las villas miseria de una población que ha sido conducida al desarraigo por la deformación estructural de nuestras economías. En ese proceso migratorio interno, todo un sistema de valores culturales entra en crisis. No se trata solamente de la ruptura de las instituciones comunitarias básicas, de los usos y costumbres, de la vivienda, sino también de la historia de tradición y de lucha, de las fuerzas que operan en la conciencia de una colectividad.

Una burguesía cada vez más mimética, un universo de desarraigados forzosos --que integrarán parcialmente una nueva masa obrera-- una vida rural reducida a límites que no alcanzan las fronteras de la supervivencia, conforman un conjunto en el que de manera complementaria actúan otras formas de penetración, en las que están presentes las empresas transnacionales de manera directa o indirecta. Amplia divulgación en los medios intelectuales han tenido estudios que ponen en evidencia hasta que punto el negocio de la publicidad en nuestro Continente está dominado por el poder de las filiales de casas matrices norteamericanas.

Las pequeñas empresas locales tienen que seguir los pasos de las que marcan la tónica por el volumen de negocios y por el peso determinante de los intereses involucrados. Si nos volvemos nuevamente hacia la ciudad contemporánea, salta a la vista la presencia obsesiva de la propaganda comercial en calles y plazas, en la radio que los conductores de vehículos sintonizan constantemente, en el televisor que acompaña el trabajo doméstico y las horas de descanso. Es como un permanente ruido en el que apenas se destacan señales particulares.

Ocurre que ya se ha dejado atrás la etapa primaria de la libre competencia. El que un consumidor adquiera productos de la Shell o de la Texaco, se ha convertido en cuestión secundaria.

En el momento que vivimos, está en juego algo mucho más importante: la propia supervivencia del sistema. La reiteración de una misma imagen, la de un mismo texto, breve y eficaz, conducen a que de manera inconciente el nombre de determinado producto prime sobre otro en la memoria y que su necesidad se vuelva reclamo perentorio.

Sin descuidar este propósito original, la publicidad contemporánea tiene miras de mayor alcance. Por ello, aunque parezca vano dispendio, sus imágenes rutilantes se despliegan ante mendigos e insolventes, en países como los nuestros donde el hambre y la mortalidad por falta de recursos son presencia cotidiana. Más imperiosa que la necesidad de adquirir un refrigerador dotado de ojo mágico, se torna la propuesta de una determinada concepción del mundo, articulada a una imagen ilusoria de la felicidad del hombre, inculcada ella también de manera obsesionante, con la utilización de mecanismos irracionales. Prescindiendo de la situación concreta del receptor del mensaje, de su historia, de sus tradiciones, de la clase social a la que pertenece y, por ende, del sitio que ocupa en la sociedad, nítidas y convincentes imágenes construyen un mundo a la vez preciso e ilusorio. Una mujer impoluta, sin el menor asomo de fatiga, preside una cocina con efectos eléctricos estratégicamente situados, un grupo de niños corre por las calles de un apacible barrio residencial, una pareja sonriente, con dentadura y automóvil relumbrantes exhibe un diseño de vestuario que, con variantes de calidad, estará al alcance de todos.

Asociar la idea de la felicidad al requerimiento insaciable de consumo, contribuye a la buena marcha de los negocios. Tiende a desviar a los pueblos de sus legítimos objetivos de lucha. Y resulta, además, un intento de destrucción de las más legítimas raíces culturales.

La propia cultura se convierte, por esta vía, en objeto de consumo.

Por el modelo de vida que propone, el universo de la publicidad crea las bases de un condicionamiento que viabiliza la introducción de mensajes más específicamente culturales, mediante el uso de los medios masivos y de los poderosos monopolios de la información. De la misma manera que el poder político se subordina a los dictados de los intereses monopolísticos, la cultura controlada directamente por estos se convierte en instrumento de dominio. La propuesta de un modo de vida, inalcanzable para las grandes mayorías de nuestro continente, encierra la aceptación implícita de la superioridad de sus promotores y allana el terreno para la negación de nuestras propias tradiciones, para el menoscabo de nuestras legítimas perspectivas de futuro, para la suplantación de nuestras auténticas tradiciones por falsas mitologías.

Condenados a vivir en condiciones precarias, muchos de nuestros creadores se convierten en fuerza de trabajo del sistema. La situación se agrava cuando entra en juego, además, la violencia represiva. Y se palnteará para ellos, ahora en una di-

mención mayor, la trágica disyuntiva que reflejaba Carpentier en el protagonista de Los pasos perdidos.

La industria cultural contemporánea no está calificada simplemente por el uso de determinados recursos tecnológicos, indispensables para la reproducción de libros, de obras musicales o para el procesamiento de la cinematografía. Lo típico parte de la deformación de las relaciones entre el creador y el público, la cual tiende a integrar la vida cultural al mercado del consumo.

Con una eficiencia técnica en aumento, el cassette sustituye al disco, se inserta en grabadoras portátiles que mantienen su presencia sonora durante todo el día. Al televisor se añade el video-cassette, en una permanente generación de nuevas necesidades desatadas por la publicidad. Cada una de sus formas propicia el desarrollo de un modelo de espectador cada vez más pasivo. La variedad es aparente y, de hecho, el mensaje resulta unívoco. Disponiendo de inmensos recursos, tiene a su alcance medios tecnológicos en constante renuevo y un oficio depurado. Supuestamente estimulante, inmoviliza el pensamiento.

El intento de condicionamiento cultural de nuestras masas y de nuestras élites que se inicia con los lumínicos de las calles, no se limita a la permanente creación de falsas necesidades entre ellas las de una cultura para el consumo y a la propuesta de un mundo ilusorio que enmascara nuestras realidades. El grado de pasividad alcanzado por el consumidor propicia la asimilación acrítica de un mensaje político directo que se pone de manifiesto en distintas direcciones. Poderosos mecanismos de identificación se establecen alrededor de mitos fugaces, estrellas de la pantalla o de la canción. El esquema de comportamiento contiene elementos de rebeldía aparente y de aventura solitaria.

Frente a los héroes legítimos de nuestros pueblos, se construyen --en historietas, tiras cómicas, obras de ficción llevadas al cine o a la televisión--, imágenes elaboradas a partir del equívoco de la falsa verosimilitud. Nada sorprendente tiene que el dibujo se vea con frecuencia cada vez mayor suplantado por la fotografía, puesto que se trata precisamente de dar a los detalles ambientales la mayor exactitud posible. El escamoteo del realismo esencial se produce porque los detalles que rodean al modelo de superhombre corresponde a un universo que la publicidad ha vuelto familiar.

El atuendo del empleado de oficina justifica la capa de supermán.

La coherencia del universo creado por la industria artística no se deriva de su relación con la vida, multiforme y cambiante. Procede, por lo contrario, de un conjunto de imágenes que se remiten las unas a las otras en la propuesta de un modelo único, como universal es la aspiración del dominio del imperio que la promueve.

Reconocer la magnitud de la empresa, advertir en ella también el estrecho imbricamiento de intereses y objetivos políticos y económicos, no puede llevarnos a conclusiones fatalistas. Ni la penetración cultural, ni el inmenso poderío militar, han sido suficientes para detener la reafirmación de la voluntad soberana de nuestros pueblos, sea mediante la lucha popular revolucionaria o a través de la reivindicación y rescate de la propia identidad.

La quiebra de estos mecanismos sutiles y engañosos se manifiesta en las victorias de los últimos veinte años. Cuba, Granada, Nicaragua, países pequeños, subdesarrollados, de escasos recursos.

Pero no sólo ahí. Quiebra hay cuando el imperialismo y las oligarquías nativas se enfrentan infructuosamente a la resistencia armada. Y quiebra hay cuando su posibilidad de supervivencia lo conduce a instaurar un genocidio que pretende destruir, junto con la vida de los hombres, su cultura y sus tradiciones.

Hoy más que nunca, cuando a la violencia agresiva del imperialismo corresponde cada vez más su brutal forma de penetración cultural, en nuestra América cultura popular y cultura nacional corren por el mismo cauce. Cuando hablamos de cultura popular en el contexto contemporáneo, no nos estamos refiriendo solamente a aquello que se ha dado en llamar el folclor, sino a las expresiones portadoras de los legítimos intereses de nuestros campesinos, obreros y de significativos sectores de las capas medias. En la coyuntura actual, al margen de las especificidades de cada caso, todos coinciden en la reivindicación de la propia identidad.

En toda sociedad dividida en clases sociales antagónicas, la cultura popular es expresión de resistencia y subversión. Afincada en tradiciones y en zonas concretas de la realidad, sus formas se multiplican también por su capacidad de apropiarse de cuanto requiere, según las circunstancias concretas. En países que, como Puerto Rico, sufren el dominio colonial, entre los inmigrantes latinoamericanos residentes en Estados Unidos, en las incontables comunidades indígenas de nuestro continente, la lengua se convierte en bandera, en forma de supervivencia o del individuo y de la comunidad. Es otra barrera interpuesta frente a los intentos de penetración. En el caso de los puertorriqueños y de los grupos latinos de Estados Unidos, el español constituye vía de comunicación con una América real a la que no han renunciado.

Por su capacidad para encontrar una respuesta orgánica a las condiciones concretas, la cultura popular se convierte en arma de lucha. Presente en el campamento mambí durante las guerras de independencia y el apoyo necesario, como habría de hacerlo más tarde en la etapa insurreccional y descubre nuevos mecanismos para cada empeño de liberación nacional.

Cuando el momento de las armas no ha llegado, subvierte el sistema de valores dominantes con su esencial realismo, mediante el empleo del humor, del disfraz, de lo grotesco, de la risa.

Así, el teatro mestizo puede incluir en su juego a la autoridad colonial y en esa simple operación quiebra al sistema establecido. El tradicionalismo de muchos de sus esquemas básicos, el ritual de sus espectáculos, están destinados a preservar, mediante un lenguaje, su identidad amenazada.

Cultura de participación y no de consumo, la popular se remite sin disimulos a una concepción del mundo. En sus distintas manifestaciones están presentes la vida y la muerte, las costumbres, los valores éticos, el amor, el juego y el trabajo, el ejercicio de la guerra y sus razones. Funcional, se adecúa a las distintas circunstancias, tal y como ocurre con las tonadas tradicionales de los campesinos cubanos. Porque responde a necesidades reales y no es mero atributo prestigioso, se adueña de la historia cuando la propia historia así lo exige. En tiempos de olvido y escarnio, Martí fué recordado por la canción popular cubana.

Para la auténtica cultura popular, la tradición es herencia, vale decir, historia vista en función de presente y de futuro.

Las contradicciones y los problemas de la vida contemporánea penetran la imagen del pasado, obligan a tejer y destejer el recuento a partir de un realismo esencial que impera, aunque se utilice la parodia, lo grotesco, la metáfora, el lenguaje alusivo. Cuando se pierde el contacto básico con la circunstancia concreta, cuando cesa el diálogo, se consume la raíz vital, el estereotipo se formaliza y permanece como testimonio --quizás hermoso-- de un momento dado.

Estas características de la cultura popular la hacen corresponder justamente a los requerimientos de la coyuntura actual de nuestra América, en tanto que arma de lucha para la contienda y para la resistencia, para la reivindicación de la propia identidad. Resulta valladar frente a la penetración, no sólo por todo ello, sino porque al consumo opone la participación. Y también porque responde a las exigencias de un mundo a la vez multiforme y básicamente unitario.

Ilustra la sorprendente vitalidad de la cultura popular, a pesar de tantos intentos por aplastarla, así como la manera orgánica de responder a los requerimientos de la época. La evolución reciente del teatro latinoamericano. Ninguna manifestación artística como esta parecía haberse visto tan condenada por el desarrollo de la moderna "industria cultural". Allí donde la tradición de ciertas instituciones había logrado sobrevivir al embate, la represión política destruyó locales, condenó al exilio, a la prisión, a la tortura. En cada sitio, sin embargo, renace.

Adopta un lenguaje cifrado en el cono sur. Su mensaje fue directo y espontáneo en las barricadas de la lucha nicaragüense. Sus caminos son múltiples. Van desde el encuentro con las viejas comunidades olvidadas, hasta el trabajo con las barriadas marginales de las grandes ciudades del Brasil; desde el público de campesinos, obreros y estudiantes en Colombia, hasta los grupos latinoamericanos residentes en los Estados Unidos. En cada sitio, los problemas planteados y el lenguaje utilizado difieren. Al diseño uniforme de la falsa concepción del mundo, oponen la inmensa variedad de nuestros universos. Pero coinciden todos en una misma línea directriz, dada por la estrecha relación con un público y por su vinculación con una dinámica histórica real, presidida por una misma perspectiva de futuro. Es por ello que, en el mayor respeto a la diversidad, han encontrado, al propio tiempo, el camino hacia la unidad.

Cuentan los teatristas del grupo La Candelaria una significativa experiencia de su reciente viaje a Nicaragua. Llevaban en su repertorio Guadalupe, año 50, obra surgida de una larga investigación acerca de la violencia en los llanos colombianos. La música, el sistema de referencia, el rejuego entre los políticos liberales y conservadores, el alto clero y los militares, aluden a un contexto político y cultural preciso. Sin embargo, los espectadores, nicaragüenses, en medio de una Revolución triunfante, reafirmación de su voluntad soberana, descubrieron en los sucesos acaecidos a Guadalupe una parábola de la muerte de Sandino.

No se remite, pues, la cultura popular a un modelo abstracto, falso, impuesto mediante la utilización de mecanismos irracionales. Afincada en la variedad de nuestras culturas --comunidades indígenas, mestizajes de diverso tipo, emigración masiva, ciudades gigantescas-- y en las circunstancias concretas de la lucha política y social, responde también a una unidad básica que le viene dada por la historia. Coloniaje y lucha por la independencia primero, resistencia al dominio imperialista, más tarde.

La cultura popular ha dejado de ser tarea de juglares y cuenteros. Encuentran su lugar en ella quienes se instalan de lleno en esa realidad que es la lucha por nuestra definitiva independencia, por la reivindicación de nuestra propia identidad. Quienes se hacen portadores, con confianza en el futuro, de ese esencial reclamo de justicia, como en las antiguas consejas del tío conejo, terminan por vencer al brutal tío tigre.